

Sólo mora en las almas inocentes  
Que une amistad con su sagrado lazo;  
Sólo esta llama celestial los pechos  
Hinche de verdaderas alegrías  
Y de eterno placer, que en sombra triste  
Jamás se nubla de pesar tardío.  
Léjos del ciego mundanal tumulto,  
Tesoros, honras, dignidades, todo  
Extraño le es y con desden lo mira.  
¡Aquellas dulces pláticas, aquellas  
Íntimas confianzas en que á un tiempo  
Nuestra razon con la verdad se ornaba,  
Y el pecho en entusiasmo generoso,  
Por la santa virtud movido, ardía;  
Tantos plácidos días discurriendo  
Del hombre y su alto sér, del laberinto  
Oscuro de su pecho y sus pasiones;  
Las horas que asentados nos burlaban,  
En raudo vuelo huyéndose fugaces,  
Ya de un arroyo al márgen, ya perdidos  
Por estos largos valles; aquel fuego  
Con que tú orabas en favor del pobre,  
Victima triste de enemigos hados,  
Y escuchándote yo, bañadas vieras  
Mis mejillas en lágrimas; las gratas  
Disputas nuestras, depurando el oro  
De la verdad de las escorias viles  
Con que el error y el interés la ofuscan;  
Los heroicos propósitos, mil veces  
Renovados, de amarla sobre todo;  
Las útiles lecturas, los festivos  
Y sazonados chistes, tantas, tantas  
Celestiales delicias en mis brazos  
Detenerte no pueden, ó es que esperas  
Hallar acaso en los remotos climas  
Otro amigo, otro pecho como el mio?  
¡Ah! que ciego te engañas; ¡ah! que triste,  
Solo, aburrido, despechado un día,  
En tu abandono y tu dolor perdido,  
Me has de llamar, y los turbados ojos,  
Turbados de llorar, hácia estos valles  
Volverás, que ora ¡oh misero! abandonas.  
Sí, sí, los volverás, y en ruego inútil  
Demandarás el olvidado nombre,  
Mis cariños, mis brazos,....; mas ¿qué digo?  
Yo le ruego; y la nave ya ligera  
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,  
Atras dejando la galáica playa,  
Hiende las olas espumosas, y huye  
Como el viento veloz. Querido amigo,  
Mitad del alma mia, compañero  
De mi florida juventud, amparo,  
Consuelo de mis penas, y de virtudes  
Y de bondad tesoro inagotable,  
Y archivo fiel de mis secretos tristes,  
Va en paz, navega en paz; pródigo el cielo  
Sobre tí vele, y tus preciosos días  
Fausto conserve para alivio mio.  
Consérvelos el cielo, y de su trono  
El Dios clemente que en tu pecho puso  
El heroico propósito, y te arranca  
De la querida patria y mi fiel seno,  
Por mil afanes y peligros rudos  
Alegre sus delicias conmutando,  
Con mano poderosa te sostenga,  
Salvo, del mar en el inmenso abismo.  
A tu benigno omnipotente imperio  
Los raudos vientos su furor enfrenen,  
Y aquellos sólo blandamente soplen  
Que al puerto afortunado te encaminen;  
Cual corre al grato albergue la paloma,  
Buscando fiel su nido y sus hijuelos.  
El puede, y yo le ruego fervoroso.  
No mis ardientes súplicas, nacidas  
De inocente amistad, de fe sincera,  
Vanas ¡ah! no han de ser, que Dios atiende  
Grato al que ruega por el dulce amigo,  
Y ante su trono subirán mis voces  
Cual el fragante aroma de las aras  
En sacrificio acepto. Y tú, que llevas  
En mi amigo esta vez, vasto Océano,  
Mi vida y la mitad del alma mia

Librada á tus abismos, las sonantes  
Alzadas olas calma por do fuere  
La frágil navicilla que conduce  
Tan sagrado depósito á las playas  
Del opulento mejicano imperio.  
¡Oh padre venerando! ayuda fácil  
Su arduo camino; mis plegarias oye,  
Y léjos dél la tempestad ahuyenta.  
Yo, agradecido, con sonante lira  
Te cantaré por siempre de los mares  
Supremo rey, y en himnos reverentes  
Subiré á las estrellas tus loores.  
Favorable le ampara; que no loca  
Presuncion, ni osadía temeraria,  
O ciega sed de atesorar, mas sólo  
La tierna humanidad, el vivo anhelo  
De conocer al hombre en los distintos  
Climas do sabio su Hacedor le puso,  
Y de ilustrarle el celo generoso,  
A tan remotas tierras le arrebatan.  
¡Tierras dichosas, que esperarás gozarle,  
Cuál os envidio, cuánta, y qué tesoro  
En él os va de probidad sencilla!  
¡Ah! ¡por qué este tesoro á mí se roba?  
¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,  
¡Por qué mares inmensos nos separan?  
¡Cómo, querido amigo, al lado tuyo  
Participo no soy de tus fortunas?  
¡Por qué, por qué mi espíritu angustiado  
Su inmenso mal no ha de llorar contigo?  
¡Por qué contigo no verán mis ojos,  
No estudiarán ese ignorado mundo,  
Tantas incultas, peregrinas gentes?  
¡Oh, á tu mente curiosa qué de objetos  
Van á ostentarse, cuánta maravilla  
A ese tu genio observador aguarda!  
Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,  
Plantas, árboles, rios, montes, brutos,  
Insectos, piedras, minerales, todo,  
Todo nuevo y extraño; ¡cuán opimos,  
Cuán ricos frutos cogerá tu ingenio!  
Tu ingenio, conducido á la luz clara  
De la verdad en su sagaz examen.  
Sacia la ardiente sed: admira, estudia  
La gran naturaleza, y con divina  
Mente su inmensidad, feliz abarca;  
Sus vínculos descubre, y un hallazgo  
Sea cada paso que en sus reinos dieres.  
Mientras yo, ¡ay Dios! en mi dolor profundo  
Perdido y solo, de esperar cansado,  
Cansado de sufrir, victima triste  
De mil ciegas pasiones, estos valles  
Vago sin seso, y despechado imploro  
La muerte, con los tristes perzosa.  
¡Ay! de tí léjos, fiel amigo, ¡dónde  
Podrá alivio encontrar el alma mia?  
¡Dónde aquel celo de mi bien, aquellos  
Saludables avisos, que templaban,  
Cual un divino bálsamo, las penas  
De mi pecho, hallaré?... Mudo y lloroso,  
Solitario, aburrido, los felices  
Lugares correré donde solias  
Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.  
Iré al aula, á tu estancia; el nombre tuyo  
Repetiré llamándote, y mi anhelo  
Sólo hallará por tí dolor y llanto.  
¡Ay, en qué amarga soledad me dejas!  
¡Ay, qué tierra, qué hombres! La calumnia,  
La vil calumnia, el odio, la execrable  
Envidia, el celo falso, la ignorancia  
Han hecho aquí, lo sabes, su manida,  
Y contra mí, infeliz, se han conjurado.  
¡Podré ¡oh dolor! entre enemigos tales  
Morar seguro sin tu amiga sombra?  
¡Podré un mínimo punto haber reposo,  
Gozar un solo instante de alegría?  
Dichoso tú, que su letal veneno  
Logras seguro huir, y entre inocentes  
Semibárbaros hombres las virtudes  
Hallarás abrigadas, que Horosas,  
De este suelo fatal allá volaron.  
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos;

Bendice, alienta su bondad selvaje,  
Preciosa mucho más que la cultura  
Infausta, que corrompe nuestros climas  
Con brillo y apariencias seductoras.  
¡Oh, quién pudiera sepultarse entre ellos!  
¡Quién abrazar su desnudez alegre,  
De sí lanzando los odiosos grillos  
Con que el error y el interés le ataron!  
Entonces la alma paz, el fausto gozo,  
El sosiego inocente, el sueño blando  
Y la quietud, de mí tan suspirada,  
Que hoy de mi seno amedrentados huyen,  
A morarle por siempre tornarian.  
Tú esta ventura logras; tú, felice  
En medio de ellos, gozarás seguro  
Los más plácidos días.... Ve sus almas,  
Su inocencia, el reposo afortunado  
Que les dan su ignorancia y su pobreza.  
Velos reir, y envidia su ventura;  
Léjos de la ambicion, de la avaricia,  
De la envidia cruel, en sus semblantes  
Sus almas nuevas se retratan siempre.  
Naturaleza sus deseos mide,  
La hambre el sustento, su fatiga el sueño,  
Su pecho sólo á la virtud los mueve,  
La tierna compasion es su maestra,  
Y una innata bondad de ley les sirve.  
La paz, lo necesario, el grato alivio  
De una consorte tímida y sencilla,  
Una choza, una red, un arco rudo,  
Tales son sus anhelos; esto solo  
Basta á colmar sus inocentes pechos.  
¡Afortunados ellos muchas veces!  
¡Afortunado tú, que entre ellos moras!  
Mas ¡ay! si vieres al odioso fraude,  
Al impio despotismo, el brazo alzado,  
Sus días aligir, si á almas de hierro  
De su incauta bondad abusar vieses,  
Y expilar (1) inhumanas su miseria,  
Oponte denodado á estos furiosos.  
Opon, amigo, el pecho firme; clama,  
Increpa sin pavor, insta, importuna,  
Y tu elocuente voz suba hasta el trono  
Del justo, el bueno, del clemente Carlos.  
Ministro eres de paz; á tí encomienda  
El sumo Dios la humanidad hollada.  
Ceda todo á este empleo generoso:  
Quietud, saber,...., hasta la vida misma;  
Que ya pródigo el cielo la corona  
Teje á tu sien de inmarcesibles flores,  
Y despues que hayas sido entre esos pueblos  
Claro ejemplo de todas las virtudes,  
Te ha de tornar á mis amigos brazos,  
Do bajo un mismo techo, venturosos,  
Juntos gocemos nuestros breves días,  
Y en un sepulcro mismo, inseparables,  
Juntos tambien reposen nuestros huesos.  
Adios, Candamo, adios; la amistad santa  
Distancias no conoce, y de los mares  
Y del tiempo á pesar, tuya es mi vida....  
Adios, adios,.... ¡Amarga despedida!

## EPÍSTOLA VI.

## EL FILÓSOFO EN EL CAMPO.

Bajo una erguida populosa encina,  
Cuya ancha copa en torno me defiende  
De la ardiente canícula, que ahora  
Con rayo abrasador angustia el mundo,  
Tu oscuro amigo, Fabio, te saluda,  
Mientras tú en el guardado gabinete,  
A par del feble ocioso cortesano,  
Sobre el muelle sofá tendido yaces,  
Y hasta para alentar vigor os falta,  
Yo en estos campos, por el sol tostado,  
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo,  
Y el soplo mismo que me abraza ardiente,  
En plácido frescor mis miembros baña.  
Miro y contemplo los trabajos duros

(1) Del verbo latino *expilare*, robar, despojar

Del triste Labrador, su suerte esquiva,  
Su miseria, sus lástimas, y aprendo  
Entre los infelices á ser hombre.  
¡Ay Fabio, Fabio! en las doradas salas,  
Entre el brocado y colgaduras ricas,  
El pié hollando entallados pavimentos,  
¡Qué mal al pobre el cortesano juzga!  
¡Qué mal en torno á la opulenta mesa,  
Cubierta de mortíferos manjares,  
Cebo á la gula y la lascivia ardiente,  
Del infeliz se escuchan los clamores!  
Él carece de pan; cálcale hambriento  
El largo enjambre de sus tristes hijos,  
Eseñados, sumidos en miseria,  
Y acaso acaba su doliente esposa  
De dar ¡ay! á la patria otro infelice,  
Victima ya de entonces destinada  
A la indigencia, y del oprobio siervo;  
Y allá en la corte, en lujo escandaloso  
Nadando, en tanto el sibarita rie  
Entre perfumes y festivos brindis,  
Y con su risa á su desdicha insulta.  
Insensibles nos hace la opulencia,  
Insensibles nos hace. Ese bullicio,  
Ese continuo discurrir veloces  
Mil doradas carrozas, paseando  
Los vicios todos por las anchas calles;  
Esas empenachadas cortesanas,  
Brillantes en el oro y pedrería  
Del cabello á los piés; esos teatros,  
De lujo y de maldades docta escuela,  
Do un ocioso indolente á llorar corre  
Con Andrómaca ó Zaida, mientras sordo  
Al anciano infeliz vuelve la espalda,  
Que á sus umbrales su dureza implora;  
Esos palacios y preciosos muebles,  
Que porque más y más se infle el orgullo,  
Labró prolijo el industrioso chino;  
Ese incesante hablar de oro y grandezas,  
Ese anhelo pueril por los más viles  
Despreciables objetos, nuestros pechos  
De diamante tornaron; nos fascinan,  
Nos embebecen, y olvidar nos hacen  
Nuestro comun origen y miserias.  
Hombres, ¡ay! hombres, Fabio amigo, somos,  
Vil polvo, sombra, nada; y engreídos  
Cual el pavon en su soberbia rueda,  
Deidades soberanas nos creemos.  
¡Qué hay, nos grita el orgullo, entre el colono,  
De comun, y el señor! ¡Tu generosa  
Antigua sangre, que se pierde oscura  
Allá en la edad dudosa del gran Niño,  
Y de héroe en héroe hasta tus venas corre,  
De un rústico á la sangre igual sería?  
El potentado distinguirse debe  
Del tostado arador, pródigo el cielo  
Así lo ha decretado, dando al uno  
El arte de gozar, y un pecho al otro  
Llevador del trabajo; su vil frente  
Del alba matinal á las estrellas  
En amargo sudor los surcos bañe,  
Y exhausto espire, á su señor sirviendo;  
Mientras él coge venturoso el fruto  
De tan improbo afán, y uno devora  
La sustancia de mil. ¡Oh, cuánto, cuánto  
El pecho se hincha con tan vil lenguaje!  
Por más que grite la razon severa,  
Y la cuna y la tumba nos recuerde,  
Con que justa natura nos iguala.  
No, Fabio amado, no; por estos campos  
La corte olvida; vén y aprende en ellos,  
Aprende la virtud. Aquí, en su angusta  
Amable sencillez, entre las pajas,  
Entre el pellico y el honroso arado  
Se ha escogido un asilo, compañera  
De la sublime soledad; la corte  
Las puertas le cerró; cuando entre muros  
Y fuertes torreones y hondas fosas,  
De los fáciles bienes ya cansados  
Que en mano liberal su Autor les diera,  
Los hombres se encerraron imprudentes,  
La primitiva candidez perdiendo,

En su abandono triste religiosas  
 En sus chozas pajizas la abrigaron  
 Las humildes aldeas, y de entónces  
 Con simples cultos fieles la idolatran.  
 Aquí los dulces, los sagrados nombres  
 De esposo, padres, hijos, de otro modo  
 Pronuncia el labio y suenan al oído.  
 Del entrañable amor seguidos siempre,  
 Y del tierno respeto, no tu vista  
 Ofenderá la escandalosa imagen  
 Del padre injusto que la amable virgen  
 Hostia infeliz arrastra al santuario,  
 Y al sumo Dios á su pesar consagra,  
 Por correr libre del bardel al juego.  
 No la del hijo indigno que pleitea  
 Contra el autor de sus culpables días  
 Por el ciego interés; no la del torpe  
 Impudente adulterio en la casada  
 Que en venta al Prado sale, convidando  
 Con su mirar y quiebro licenciosos  
 La loca juventud, y al vil lacayo,  
 Si el amante tardó, se prostituye;  
 No la del impio abominable nieto  
 Que cuenta del abuelo venerable  
 Los lentos días, y al sepulcro quiere  
 Llevarlo en cambio de su rica herencia;  
 Del publicano el corazón de bronce  
 En la comun miseria, de la insana  
 Disipación las dádivas, y el precio  
 De una ciudad en histriones viles;  
 Ni, en fin, de la belleza melindrosa,  
 Que jamás pudo ver sin desmayarse  
 De un gusanillo las mortales ansias,  
 Empero hasta el patíbulo sangriento  
 Corre, y con faz enjuta y firmes ojos  
 Mira el trágico fin del delincuente,  
 Lívida faz y horribles convulsiones,  
 Quizá comprando este placer impio,  
 La atroz curiosidad te dará en rostro.  
 Otras, otras imágenes tu pecho  
 Conmoverán, á la virtud nacido.  
 Verás la madre al pequeñuelo infante  
 Tierna oprimir en sus honestos brazos,  
 Mientra oficiosa por la casa corre,  
 Siempre ocupada en rústicas tareas,  
 Ayuda, no ruina del marido;  
 El cariño verás con que le ofrece  
 Sus llenos pechos, de salud y vida  
 Rico venero; ¡jugueton el niño  
 Rie, y la halaga con la débil mano,  
 Y ella enloquece en fiestas cariñosas.  
 La adulta prole en torno le acompaña,  
 Libre, robusta, de contento llena,  
 O empezando á ser útil, parte en todo  
 Tomar anhela, y gózase ayudando  
 Con manecillas débiles sus obras.  
 En el vecino prado brincan, corren,  
 Juegan y gritan un tropel de niños  
 Al raso cielo en su agradable trisca,  
 A una pintados en los rostros bellos  
 El rostro y las pasiones inocentes,  
 Y la salud en sus mejillas rubias.  
 Léjos, del segador el canto suena  
 Entre el blando balido del rebaño  
 Que el pastor guía á la apacible sombra,  
 Y el sol sublime en el cenit señala  
 El tiempo del reposo; á casa vuelve,  
 Bañado en sudor útil, el marido  
 De la era polvorosa; la familia  
 Se asienta en torno de la humilde mesa,  
 ¡Oh, si tan pobre no la hiciese el yugo  
 De un mayordomo bárbaro, insensible!  
 Mas, expiada de su mano avara,  
 De Tántalo el suplicio verdadero  
 Aquí, Fabio, verías; los montones  
 De miés dorada en frente están mirando,  
 Premio que el cielo á su afanar dispensa,  
 Y hasta de pan los miserios carecen.  
 Pero, ¡oh buen Dios! del rico con oprobio,  
 Su corazón en reverentes himnos  
 Gracias te da por tan escasos dones,  
 Y en tu entrañable amor constante fia.

Y mientras charlan corrompidos sabios  
 De tí, Señor, para ultrajarte, ó necios,  
 Tu inescrutable sér definir osan  
 En aulas vocingleras, él contempla  
 La hoguera inmensa de ese sol, tu imagen,  
 Del vago cielo en la extensión se pierde,  
 Siente el aura bullir, que de sus miembros  
 El fuego templá y el sudor copioso,  
 Goza del agua el refrigerio grato,  
 Del árbol que plantó la sombra amiga,  
 Ve de su padre las nevadas canas,  
 Su casta esposa, sus queridos hijos,  
 Y en todo, en todo con silencio humilde  
 Te conoce, te adora religioso.  
 ¡Y éstos miramos con desden! ¡La clase  
 Primera del Estado, la más útil,  
 La más honrada, el santuario augusto  
 De la virtud y la inocencia hollamos!  
 Y ¡para qué! Para exponer tranquilos  
 De una carta al azar ¡oh noble empleo  
 Del tiempo y la riqueza! lo que haría  
 Pródigo heredamiento á cien hogares;  
 Para premiar la audacia temeraria  
 Del rudo gladiador, que á sus piés deja  
 El útil animal que el corvo arado  
 Para sí nos demanda; los mentidos  
 Halagos con que artera al duro lecho,  
 Desde sus brazos, del dolor nos lanza  
 Una impudente cortesana; el raro  
 Saber de un peluquero, que elevando  
 De gasas y plumaje una alta torre  
 Sobre nuestras cabezas, las rizadas  
 Hebras de oro en que ornó naturaleza  
 A la beldad, afea y desfigura  
 Con su indecente y asquerosa mano.  
 ¡Oh oprobio! ¡oh vilipendio! La matrona,  
 La casta virgen, la viuda honrada  
 ¡Ponerse pueden al lascivo ultraje,  
 A los toques de un hombre? ¡Esto toleran  
 Maridos castellanos! ¡El ministro  
 De tan fea indecencia por las calles,  
 En brillante carroza y como en triunfo,  
 Atropellando al venerable anciano,  
 Al sacerdote, al militar valiente,  
 Que el pecho ornado con la cruz gloriosa  
 Del Patron de la patria, á pié camina?  
 Huye, Fabio, esa peste. ¡En tus oídos  
 De la indigencia misera no suena  
 El suspirar profundo, que hasta el trono  
 Sube del sumo Dios? ¡Su justo azote  
 Amenazar no ves? ¡No ves la trampa,  
 El fraude, la baja, la insaciable  
 Disipación, el deshonor lanzarlos  
 En el abismo del oprobio, donde  
 Mendigarán sus nietos infelices,  
 Con los mismos que hoy huellan confundidos?  
 Húyelos, Fabio; vén, y estudia dócil  
 Conmigo las virtudes de estos hombres  
 No conocidos en la corte. Admira,  
 Admira su bondad; ve cuál su boca,  
 Llana y veraz como su honrado pecho,  
 Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa  
 Lo que aplaudirse ó condenarse debe.  
 Mira su humanidad, apresurada,  
 Al que sufre acorrer; de boca en boca  
 Oírás volar ¡oh Fabio! por la corte  
 Esta voz celestial; mas no, imprudente,  
 En las almas la busques, ni, entre el rico  
 Brocado, blando abrigo al infelice.  
 Sólo los que lo son, sólo en los campos  
 Los miserables condolerse saben,  
 Y dar su pan al huérfano indigente.  
 Goza de sus sencillas afecciones  
 El plácido dulzor, el tierno encanto;  
 Ve su inocente amor con qué energía,  
 Con qué verdad en rústicos conceptos  
 Pinta sus ansias á la amable virgen,  
 Que en mutua llama honesta le responde,  
 El bello rostro en púrpura teñido;  
 Y bien presto ante el ara el yugo santo  
 El nudo estrechará, que allá forjatan  
 Vanidad ó ambición, y aquí la dulce

Naturaleza, el trato y la secreta  
 Simpática virtud que unió sus almas.  
 Sus amistades ve; desatendida  
 En las altas ciudades, do enmudece  
 Su lengua el interés; sólo del rudo  
 Labio del Labrador oírás las voces  
 De esta santa virtud, gozarás pura  
 Sólo en su seno su celeste llama.  
 Admira su paciente sufrimiento,  
 Ó más bien llora, viéndolos desnudos,  
 Escualidos, hambrientos, encorvados,  
 Lanzando ya el suspiro postrimero  
 Bajo la inmensa carga que en sus hombros  
 Puso la suerte. El infeliz navega,  
 Deja su hogar, y afronta las borrascas  
 Del inmenso Océano, porque el lujo  
 Sirva á tu gula, y su soberbio hastío,  
 El café que da Moca perfumado  
 O la canela de Ceilan. La guerra  
 Sopla en las almas su infernal veneno,  
 Y en insano furor las cortés arden;  
 Desde su esteva el Labrador paciente,  
 Llorando en torno la infeliz familia,  
 Corre á la muerte, y en sus duros brazos  
 Se libra de la patria la defensa.  
 Su mano apoya el anhelante fisco;  
 La aciaga mole de tributos carga  
 Sobre su cerviz ruda, y el tesoro  
 Del Estado hinché de oro la miseria.  
 Ese sudor amargo con que inunda  
 Los largos surcos que su arado forma,  
 Es la dorada espiga que alimenta,  
 Fabio, del cortesano el ocio muelle.  
 Sin ella el hambre pálida..... ¡Y osamos  
 Desestimarlos? Al robusto seno  
 De la fresca aldeana confiamos  
 Nuestros débiles hijos, porque el dulce  
 Néctar y la salud felices hallen,  
 De que los privan nuestros feos vicios.  
 ¡Y per vil la tenemos? ¡Al membrudo  
 Que nos defiende injustos desdeñamos?  
 Sus útiles fatigas nos sustentan,  
 ¡Y en digna gratitud con pié orgulloso  
 Hollamos su miseria, porque al pecho  
 La roja cinta ó la brillante placa  
 Y el ducal manto para el ciego vulgo  
 Con la clara Excelencia nos señalen?  
 ¡Qué valen tantas raras invenciones  
 De nuestro insano orgullo, comparadas  
 Con el monton de sazonadas mieses  
 Que crió el Labrador? Débiles niños,  
 Fináramos bien presto en hambre y lloro  
 Sin el auxilio de sus fuertes brazos.

## EPÍSTOLA VII.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ,  
 CON MOTIVO DE SU CARTA PATRIÓTICA Á LOS  
 OBISPOS DE ESPAÑA, RECOMENDÁNDOLES EL NUEVO  
 Semanario de Agricultura.

¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Carlos,  
 Á vos, señor, desde su trono excelso,  
 Del desvalido Labrador la suerte  
 Con lágrimas mirar, y hasta la esteva  
 Bajando honrada, en su feliz alivio  
 Con atención solícita ocuparos!  
 Que á la ignorancia desidiosa os veo  
 Querer lanzar de los humildes larés.  
 Do abrigada hasta aquí, tantas fatigas,  
 Desvelos tantos disipando ciega,  
 Sus infelices víctimas arrastra  
 De la indigencia al criminal abismo!  
 Ya á vuestro mando poderoso corren  
 Las luces, la enseñanza; tiembla y gime  
 Azorado el error; de espigas de oro  
 La madre España coronada, encumbra  
 Su frente venerable, y, cual un tiempo,  
 Sobre el orbe domina triunfadora.  
 Gozad, señor, de la sublime vista  
 De tan gloriosa perspectiva; afile  
 Tended los ojos, contemplad el pueblo,

El pueblo inmenso, que encorvado gime,  
 Con sus afanes y sudor creando,  
 Tutelar nínfen, las doradas mieses  
 En que el Estado su sustento libra,  
 Miradlo, cido celebrar gozoso  
 El día que le dais; alzar las manos  
 A vos y al trono, y demandar al cielo  
 Para Carlos y vos sus bendiciones.  
 Seguid, seguid, y nuevo Triptolemo,  
 Sed el amigo, el protector, el padre  
 Del colono infeliz; raye la aurora  
 De su consuelo, y en su hogar sobrado  
 Por vos ria el que á todos nos sustenta,  
 Alguna vez con pecho generoso.  
 La grandeza olvidad, dejad la corte  
 Y el fausto seductor, y á él descendiendo,  
 Ved y llorad. En miserables pajas  
 Sumida yace la virtud; fallece  
 El padre de familias, que al Estado  
 Enriqueció con un enjambre de hijos;  
 Gime entre andrajos la inocente virgen,  
 Por su indigna nudez culpando al cielo;  
 O el infante infeliz transido pende  
 Del seno exhausto de la triste madre.  
 Las lágrimas, los ayes desvalidos  
 Calmad, humano, en la infeliz familia;  
 Y vedla en su indigencia aun celebrando  
 A su buen rey, en su defensa alegre  
 Ansia verter su sangre generosa;  
 Vedla humilde adorar la inescrutable  
 Providencia, y con frente resignada,  
 Religiosa en su misero destino,  
 Besar la mano celestial que oprime  
 Tan ruda su cerviz, y le convierte  
 El pan que coge en ásperos abrojos.  
 Comparad justo, comparad entónces  
 Su honradez, su candor, su sufridora  
 Paciencia, su bondad, con el orgullo  
 Del indolente y rico ciudadano.  
 Aquél afana, suda, se desvela  
 Del alba rubia al véspero luciente;  
 Sufre la escarcha rígida, las llamas  
 Del Can abrasador, la lluvia, el viento;  
 Cria, no goza; y sin quejarse deja  
 Que el pan mil veces le arrebaté el vicio,  
 Y el otro, rico, cómodo, abundoso  
 De regalo y placer, en el teatro,  
 En el ancho paseo, en el desórden  
 Del criminal festín, siempre al abrigo  
 Del sol, del hielo, con soberbia frente  
 Censura, increpa, desconoce ciego  
 La mano que le labra su ventura;  
 Y osado acaso..... el ocio y el regalo  
 Le hacen ingrato, desdeñoso, injusto;  
 Y su honradez al Labrador, paciente.  
 ¡Qué sería, señor, si al cielo alzara  
 La frente más holgado? ¡si sobre ella  
 La palidez, el escualor, el triste  
 Timido abatimiento no afeasen  
 Indignos su virtud? ¡qué si arrastrando,  
 Cual siervo fiel, de la pobreza amarga  
 No llevase doquier los rudos grillos?  
 Rompedlos vos, y le veréis qué alegre  
 Corre á la esteva y al afán; qué tierno  
 La mano besa que su bien procura.  
 Instruidle, alentadle, y la abundancia  
 Sus trojes colmará; nuevas semillas,  
 Nuevos abonos, instrumentos nuevos  
 A servirle vendrán; las misteriosas  
 Ciencias el pan le pagarán que cria  
 Para el sustento de sus nobles hijos.  
 No será, no, la profesion primera  
 Del hombre y la más santa, que honró un día  
 Inclitos consulares y altos reyes,  
 Y aun sonar pudo en el divino labio  
 Del sumo Autor en el eden dichoso,  
 Ruda y mofada en su ignorancia ciega.  
 Los anchos llanos de Castilla, ora  
 Desnudos, yermos, áridos, que claman  
 Por frescura y verdor, verán sus ríos  
 Útiles derramarse en mil sonantes  
 Risueños cauces, á llevar la vida